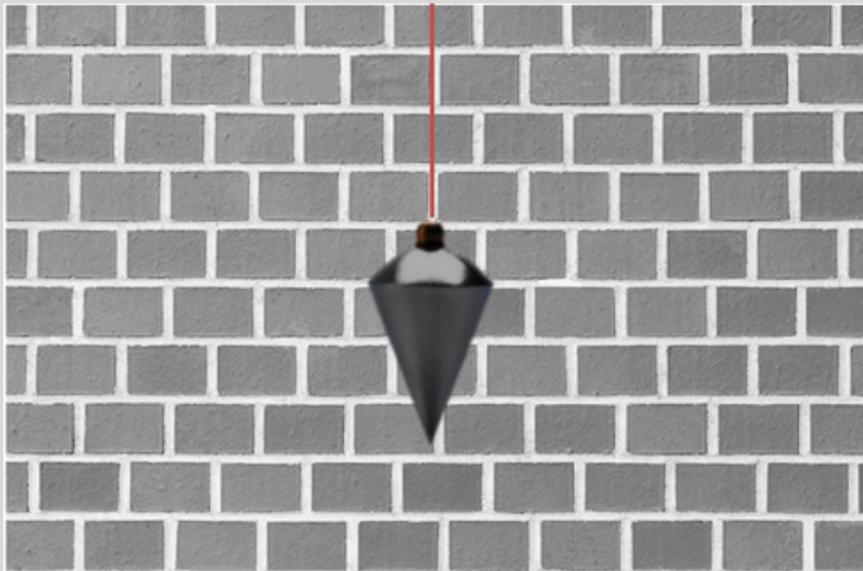


La Obra

Juvenal Moreno

La obra



Juvenal Moreno

Capítulo 1

La Obra

Era pasado el mediodía, en medio de las faenas de Los Cerrillos Del Sur. El sol brillaba dejando caer toda su incandescencia sobre los operarios que, entre gritos, risas y bromas, no cesaban de realizar el trabajo que la faena requería por parte de ellos para ese día; mientras el Ñurdo, que se encontraba en lo que sería "la calle" cuando finalizara la obra, estaba con una pala, una picota, un chuzo y una carretilla. Su misión en ese momento consistía en cavar una zanja para la instalación de un colector de alcantarillado.

El pobre que, al igual que los muchos de las faenas de obras de construcción, no vestía pulcramente, como suelen vestir los empleados de algún servicio público o de algún banco, sino que, todo lo contrario, vestía muy andrajosamente, y además, cualquiera que lo observara podría concluir que estaba bastante sucio de pie a cabeza, pero... Es que, es así como visten, durante las horas de trabajo, los operarios de la "contru", cómo llaman comúnmente en Chile a las faenas de construcción... En aquel momento, tomaba con ambas manos, que estaban cubiertas por unos guantes de cuero envejecidos y algo rotos, que son muy usados por los operarios de trabajos rudos en los que se requiere de gran esfuerzo físico, el chuzo, con el que golpeaba una y otra vez sobre la roca, que lamentablemente estaba por casi toda la zanja. Cuando el chuzo golpeteaba, producto de esa fuerza que tienen esos hombres que, han dedicado toda su vida como jornaleros, dispuestos a realizar los trabajos más brutos, en los que se requiere de gran energía física, la punta de este, rebotaba a cada golpe, haciendo vibrar la totalidad de esa herramienta que dejaba sentir sus ondas, como una mezcla de temblor y hormigueo hasta, los brazos del obrero.

-¡Qué penca que me pasa esto a mí! -Reclamaba para sí mismo -He estado toda la mañana en este hoyo, y no he podido sacar la zanja -Su voz sonaba baja, pero llena de sentimientos, de esos que expresan tanto rabia como impotencia. A ratos se sacaba los guantes, se escupía un poco de saliva en la palma de sus manos que, estaban callosas y enrojecidas por el esfuerzo que realizaba, para frotárselas, mitigando así el ardor que sentía por estar tanto rato en esa misma acción.

De la misma manera, a veces, cuando le daba sed, también se sacaba uno de sus guantes para asir una botella con agua que tenía siempre consigo y que dejaba junto a su carretilla en algún lugar de la tierra donde se

proyectase la sombra de esta. Trataba de mantenerla fresca contra los abrazantes rayos del sol que calentaban hasta el aire. De este modo se daba unos largos tragos de agua que refrescaba, en alguna manera, todo el calor del cual su cuerpo era víctima. Así transcurría la primera jornada de trabajo para el Ñurdo. Ya se había ido la mañana y faltaba poco para ir a la "colacha", como llamaban los trabajadores a la hora de colación que dividía en dos la jornada de trabajo. De esta forma De repente, entre gritos imperativos, y órdenes a diestra y siniestras, palabreando a uno que a otro operario, se acerca don Sergio. Su voz se filtraba por entre los muros ya levantados, y parecía acercarse cada vez más. Algunas bromas salían de su boca hacia algunos jornaleros mientras se imponía con órdenes de lo que debían hacer, ésto, con cuantos se encontrasen en su camino. De repente, una ráfaga de insultos e improperios retumban por toda la obra... El Ñurdo, impávido, siente como la rabia y la impotencia se apoderan momentáneamente de él. Es que un "bálsamo" de toda clase de garabatos había interrumpido lo que con tanto esmero él se esforzaba por realizar. Allí estaba el capataz, recriminándole por no tener más avance en la excavación de aquella zanja, cuyo trazado se dibujaba por aquel terreno que contenía rocas de sal. Bien lo sabía él, que si hay una excavación dura, difícil de cavar, es precisamente aquella que contiene rocas de sal.

-¡Has estado toda la mañana para avanzar sólo unos centímetros!
¡Tenemos que hormigonar mañana, y aún falta la enfierradura, la carpintería, las tuberías de alcantarillado, de agua y de electricidad! ¡Así, nos vamos a quedar con el hormigón pedido! -Decía, vociferando, mientras se sacaba el casco blanco que denotaba su rango de jefe de obra, y con la mano libre se rascaba la cabeza. Finalizada esta acción, se volvía a acomodar el casco en su cabeza y se ponía las manos en la cintura, y seguía palabreando al jornal, que sólo atinaba a escuchar tamaño reto, mientras una comezón recorría todo su cuerpo, al mismo tiempo que sentía esa sensación permanente de impotencia, que le apretaba el estómago y le tensaba su nuca.

El Ñurdo, quien no era precisamente un flojo, sino un hombre de esfuerzo y de duro trabajo, trataba de contener en su interior todas las sensaciones negativas que aquellas palabras, cargadas de descalificaciones, le hacían sentir. Le invadían sinceras y justificadas ganas de contestarle de igual a igual a su jefe directo. Ganas de mandar todo a la misma punta del cerro y enrostrarle su pedantería, su falta de empatía, su desconsideración y mala educación.

Pero el Ñurdo, conocía bien su realidad. Él no estaba en condiciones de reivindicar ante el capataz su condición de buen trabajador y después soportar el hostigamiento, tan característico en muchas obras de edificación. Porque bien es sabido que el jornalero que se atreve a increpar a su jefe, muchas veces es catalogado de conflictivo en esas faenas, y es castigado con los bonos en su remuneración. También deja

de ser considerado en los llamados "Tratos", consistentes en un acuerdo verbal entre la jefatura directa y el trabajador, que son acciones requeridas por la obra cuando se requiere acotar los tiempos de determinadas partidas, especialmente cuando hay atraso o cuando se quiere priorizar algún determinado avance. Y él necesitaba incrementar lo más que pudiese su salario. En casa, dependían de él su esposa y sus dos hijos, su familia por la que se esforzaba para llegar a fin de mes con el dinero requerido para las necesidades del hogar.

Ante este llamado de atención, solo atinó a respirar profundo, a cerrar sus ojos sin parecer grosero, aunque no podía evitar experimentar su dentadura apretada, y en su garganta, una especie de presión que para nada se sentía gratificante. Trataba de calmar su mente no dejando que esa situación le robase la tranquilidad con la que realizaba su tarea. Su respiración, obviamente, se hizo mucho más rápida, en tanto que sentía como su corazón bombeaba mucho más acelerado de lo que para él era normal. Todo se combinaba con esa sensación nerviosa, cómo eléctrica, especie de hormigueo, que es difícil definir, que recorre sus brazos, tronco y piernas.

El Ñurdo se sentía menoscabado, humillado ante sus compañeros. Don Sergio le había hecho sentir como inepto. Y, aunque, por instantes se asomó en su cabeza la idea de abandonar su trabajo, fue más fuerte la razón que le llevaba a diario a trabajar en ese lugar, sabiendo que al finalizar el mes, podría adquirir el dinero necesario para el sustento familiar. Era para él y su esposa casi un rito ir juntos, como familia, al supermercado a comprar los víveres y enceres para el hogar.

Cuando el Ñurdo abrió finalmente sus ojos, su respiración ya estaba mucho más controlada, el nudo en su estómago ya casi no lo percibía, y el temblor de su cuerpo había casi desaparecido, aun cuando no dejaba de sentirse afectado por lo sucedido.

Mientras el capataz caminaba varios metros más adelante palabreando a otros, levantando a diestra y siniestra su voz.

Fue entonces cuando el Ñurdo pudo observar que Don Sergio comenzó a palabrear en los mismos términos, que lo había hecho con él, a otro grupo de trabajadores que estaban encargados de asear y preparar el "moldaje" para el encofrado de las fundaciones. El capataz apresura sus pasos por ese terreno irregular, lleno de obstáculos, para dirigirse hacia aquellos operarios, cuando, en la premura de su caminar, tropieza con una piedra casi cayendo al suelo, sin alcanzar a hacerlo. En esa acción, el capataz esgrime un grito a viva voz: - ¡No empujen carajo! -Acompañado de una ráfaga de insultos y garabatos, provocando la riza de todos cuantos observaron la pintoresca escena. Esto logró que el Ñurdo soltase una carcajada que, en hora buena, vino a mitigar las embargantes emociones

que había experimentado hace solo unos minutos.